

DAFNE AMATI

REX

LA FUNDACIÓN
DE ROMA



algaida
INTER

Título original: *Rex. La fondazione di Roma*
Editado en Italia en 2011 por Rizzoli, una división
de RCS Libri S.p.A.

Esta edición ha sido publicada de acuerdo con
PNLA & Associati S.r.l./Piergiorgio Nicolazzini
Literary Agency

Primera edición: 2014

© Dafne Amati, 2011
© de la traducción: Miguel Ros González, 2014
© Algaida Editores, 2014
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-973-8
Depósito legal: SE-11-2014
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO. EL CANTO DEL PROFETA

| | |
|---------|-----|
| 1 | 13 |
| 2 | 27 |
| 3 | 45 |
| 4 | 61 |
| 5 | 75 |
| 6 | 89 |
| 7 | 97 |
| 8 | 109 |

LIBRO SEGUNDO. SACERDOTES DE LOS INFIERNOS

| | |
|---------|-----|
| 1 | 129 |
| 2 | 141 |
| 3 | 153 |
| 4 | 165 |
| 5 | 179 |
| 6 | 201 |
| 7 | 213 |
| 8 | 233 |

| | |
|----------|-----|
| 9 | 245 |
| 10 | 259 |
| 11 | 273 |
| 12 | 291 |
| 13 | 301 |

LIBRO TERCERO. AL AMANECER, EL REY

| | |
|---------|-----|
| 1 | 315 |
| 2 | 333 |
| 3 | 349 |
| 4 | 361 |
| 5 | 381 |
| 6 | 399 |
| 7 | 413 |
| 8 | 427 |
| 9 | 443 |

A mis padres

Libro primero

EL CANTO DEL PROFETA

1

EL PUNTO LUMINOSO, DE ORO BRILLANTE, DESCENDIÓ del cielo en una lenta espiral. De repente, a unos cincuenta metros de tierra, ganó velocidad. El oro se incendió, fundiéndose, para convertirse en un relámpago pardo y vortiginoso. El batir de las alas precedió su llegada al suelo. Unos instantes después, el majestuoso mochuelo, con las alas desplegadas hacia atrás y las garras extendidas hacia adelante, se posó sobre el sarmiento de una vid silvestre que cubría la cima de una colina.

En ese momento, por la última curva del sendero que subía a la cima, surgió la figura espigada de un joven, con un sombrero de paja a medio calar sobre la frente, una alforja al hombro, un bastón de fresno en una mano y en la otra una flauta. Tenía el instrumento pegado a los labios, pero soplaba solo de cuando en cuando, mostrando predilección por las notas sostenidas.

Inmóvil, a mitad de camino entre el mochuelo y el pastor, Pan levantó el hocico para olfatear el aire, apoyándose con las patas anteriores en las rocas que despuntaban del exuberante prado. El perfil armonioso del animal se recortó contra el valle rebosante de primavera.

La brisa, que había soplado del sur toda la mañana, cambió de repente e infló velas de polen sobre aquel mar esmeralda. En los remolinos furibundos se disolvía la fragancia de la alfalfa. Polvos y aromas; pieles y tallos.

Sorprendido por aquellos cambios, el viejo carnero dio un par de pasos inciertos, avanzando primero, retrocediendo después, mientras la hierba silbaba y crujía a su alrededor.

Cuando el joven pastor llegó a su altura, le acarició la cabeza con la punta de los dedos, destartando la pelusa blanca, para seguir luego adelante con ese caminar suyo lento y constante, con un pie varo y una leve cojera que lo contrarrestaba.

Pan le comunicó su sensación de un peligro vago, no muy distante.

—Mejor esperar aquí, Remo.

—Estoy totalmente de acuerdo, viejo —dijo Remo, mientras continuaba hasta la cima de la colina.

El mochuelo estaba encaramado sobre un sarmiento arqueado y parpadeaba a causa de la luz: un ojo era del color de la mies madura y el otro glauco. Cuando Remo estaba a un par de metros, alzó de repente el vuelo en dirección a la ciudad de Siete Colinas.

El joven permaneció unos instantes observándolo, perplejo; luego se abrió paso con cuidado entre la selva de cepas y pámpanas, y subió a una de las rocas para mirar a la cuenca a la que se asomaba la colina, con la cabellera negra azabache y el manto al viento. Levantó el puño por encima del hombro. Ante esa señal de alarma, el rebaño, que pastaba varios cientos de pasos más abajo, en la falda sur de la colina, se detuvo en seco.

Pan agachó el hocico, empezó a subir al trote corto, rompió la viña; con un par de saltos se plantó en la roca, junto al joven pastor, y entonces lo vio: tres grandes lobos, que bebían de una charca allá abajo, levantaron de repente la cabeza y lo

miraron fijamente. En aquellos ojos irisados el carnero leyó el odio atávico, la sed de sangre, el anhelo de carne. Se echó a temblar, pero no retrocedió ni un paso.

Remo leyó su pensamiento.

—¿Le tienes miedo a la muerte, viejo?

—Con la muerte no se hacen bromas.

—¿Si quitamos la muerte, qué nos queda? —le preguntó Remo, antes de lanzarse pendiente abajo.

—Cachorros de hombre... —dijo el carnero, agachando el hocico.

—¿Quieres vivir para siempre? —gritó Remo.

Los lobos se sacudieron, y una tempestad de pequeñas gotas emanó del tupido pelaje; tras echar una última mirada desafiante al carnero se marcharon, desapareciendo en el cercano bosque de sauces. Las ramas delgadas oscilaron cuales visillos verdes amarillentos.

Remo inspeccionó rápidamente los matorrales que rodeaban la charca, pero todo parecía tranquilo: levantó la vara y la hizo girar en el aire. Entonces Pan emitió tres balidos roncós para llamar al rebaño, lo esperó junto al sendero que pasaba bajo la viña y luego, encabezándolo, comenzó el descenso hacia la hondonada, con un portante destartado, incluso vanidoso, como queriendo demostrar que no había sentido ningún miedo.

—Habrías sido un perro fantástico —dijo un Remo provocante cuando el carnero llegó a la charca.

—Los lobos te tienen miedo —respondió Pan, pero sin convicción, como si se hubiera dado cuenta de que no había logrado expresar lo que le pasaba por la cabeza.

Como única respuesta, Remo echó una manta sobre una piedra plana, se sentó, sacó una *focaccia* de la alforja, puso encima una tajada grande de queso curado y una hoja de lechuga

y le hincó el diente. Cuando acabó de comer, pegó un par de largos tragos de agua de una bota de piel.

—Me respetan —dijo por fin.

—No veo la diferencia.

—El miedo está relacionado con el conocimiento o la ignorancia: tenemos miedo de lo que no conocemos, o de lo que conocemos demasiado bien —explicó Remo.

—No entiendo a dónde quieres llegar.

—No ves y no entiendes, menos mal que por lo menos hablas —dijo Remo entre risas.

—No veo y no entiendo qué tiene de gracioso —replicó Pan, desenvainando sus dientes puntiagudos.

Remo cruzó las manos detrás de la cabeza.

—Los lobos me conocen, no me preguntes cómo lo sé. Yo no me lo pregunto más de cuanto me pregunto cómo puedo comunicarme contigo. No me tienen miedo, al menos no en el sentido que tú sospechas. Me tratan como uno de ellos. Me respetan, ya está. —Entonces se interrumpió, adoptando un gesto de crispación, aunque la alegría seguía dibujada en su cara—. ¿Por qué me has hecho explicar con tantas palabras lo que te había explicado perfectamente con dos? Todavía te queda un buen trecho para convertirte en un perro...

Pan encajó el golpe.

—Hay poco de qué alegrarse en el hecho de ser considerado un lobo por parte de los lobos.

—Tú ocúpate del rebaño, que a mí me tocan tareas más laboriosas y urgentes, como pensar, por ejemplo.

—O dormir —murmuró Pan antes de girarse y trotar hacia las ovejas.

—Como no te espabiles, viejo, te cambio por un perro, por uno de verdad, con buen oído, un olfato fino y, sobre todo, un cerebro grande.

—El cerebro grande no es más que un peso.

Remo se despertó dos horas más tarde. «Dejad las mandíbulas y dadle a las patas».

El rebaño tardó un poco en captar la orden, demorándose para mordisquear las últimas hojas. Pan, repleto de energía después de haberse echado una siesta a la sombra de una gran roca, acuciaba a las ovejas sin grandes resultados. Cuando lograba reunir a una docena y apenas se daba la vuelta para ir a recuperar a las otras, ya alguna volvía a alejarse.

Mientras tanto, Remo se sacudió la túnica y se remojó la cara. Intentó arreglarse el pelo con unos pocos gestos torpes, primero hacia un lado y luego hacia el otro. Se reflejó en la charca y, al no quedar satisfecho, probó otros peinados, pero al final lo dejó correr. Se alejó un paso pero pareció cambiar de opinión, con lo que se giró, echó un enésimo vistazo al agua, se despidió de ella con una mueca, zambulló la cabeza y se desarregló furiosamente la cabellera.

En lo alto, Venus se asomó por una esquina límpida del cielo. Remo se avergonzó, como si lo hubiesen pillado con las manos en la masa, y echó a correr por el sendero, sin girarse siquiera para comprobar si Pan y el rebaño lo estaban siguiendo.

El caserío de Angerona se encontraba a unas escasas dos millas y estaba de camino a casa. —Llevaba estándolo un montón de tiempo, toda vez que Remo ya solo elegía los pastos de aquella zona—. «Todos los caminos de un hombre llevan al corazón de una mujer», se dijo torpemente el pastor, marchando al ritmo del suyo, con la flauta encendida entre los dedos.

A la altura de un bosque de pinos abandonó el sendero principal, que se dirigía hacia el pago de Roble Quebrado y a la casa de sus padres, y se introdujo en la espesura. La cañada,

apenas visible, se encaramaba entre matorrales y zarzas, y durante un breve tramo transcurría a cielo abierto por la cima de una colina maciza, para descender luego bruscamente hacia Último Pago, un distrito de caseríos malos protegido por un anillo de colinas.

Nada más ver al joven recortado sobre la colina, Angerona abandonó el rastrillo con el que llevaba una hora trabajando la era que había frente a su casa y corrió a su encuentro con ese característico oscilar suyo, agitando los brazos como remos a izquierda y derecha, y dando saltitos rápidos con las puntas de los pies hacia afuera.

Sin interrumpir la carrera se lanzó de un salto a los brazos de Remo y le plantó un sonoro beso en la oreja, para bajar al punto. Mientras se retorció las manos grandes, agrietadas y llenas de cortes, lo miraba de arriba abajo, con la barbilla apuntando ligeramente hacia el suelo y los ojos al cielo. Había lágrimas y había luz en su mirada, como lluvia en el sol.

Remo hundió los dedos entre sus cabellos.

—Angerona —dijo con el tono de un cumplido.

—No sabía si esta noche ibas a venir, pero tenía tanta esperanza que me parecía imposible que no lo hicieras.

Remo la cogió de la mano y giró lentamente a su alrededor. Ella lo siguió, con la cabeza inclinada, la oreja casi rozándole el hombro, los ojos aún más encendidos. El joven bajó un paso más la pendiente y cuando sus rostros se encontraron a la misma altura le preguntó:

—¿Por qué eres tan guapa?

—¿Y por qué no iba a serlo?

Se miraron fijamente, serios, durante unos instantes, pero primero él y luego ella se mordieron el labio para apagar un fulgor, y al final, incapaces de seguir conteniéndose, se echaron a reír. Seguían sonriendo cuando llegaron al patio, agarrados

de la mano, balanceando los brazos y canturreando en voz baja.

La joven se zarandeó de repente. Remo, desprevenido, perdió el equilibrio y a punto estuvo de acabar en el suelo. La miró mal:

—¿Hoy no te has tomado tu ración cotidiana de pan y borrico?

—No te esfuerces en decir tonterías, calladito también estás muy guapo.

Pasaron bajo el pórtico de cañas entrelazadas y el viejo entablado rechinó bajo sus pasos. Desde la puerta de la casa, entornada, llegaban los ronquidos del padre de Angerona. Se detuvieron en seco y, con un gesto de entendimiento, dieron media vuelta. Se sentaron junto a la pila de piedra llena de agua situada en el centro de la era.

La hacienda se erigía en el margen septentrional de Último Pago, justo en los límites del territorio de Siete Colinas. En la cuenca frondosa, amplia y aislada, surgían, como islas en un lago, dos pequeñas prominencias: la cima de la más grande estaba ocupada por la vieja casa de piedra y el establo, separados por la era, mientras que sobre la otra se alzaba un olmo solitario. A dos metros del suelo, el tronco macizo y claro se dividía en cuatro ramas truncadas unidas entre ellas, que se parecían a los dedos de una mano. En aquel momento las frondas confeccionaban la alfombra roja del ocaso.

—Esta podría ser la última vez que nos vemos —anunció Angerona, recorriendo de memoria, con el índice, los contornos de la mancha de nacimiento con forma de árbol situada en el cuello de Remo.

—Cada vez podría ser la última.

—Ya sabes a qué me refiero, tontorrón. Dentro de poco los quiritas de Siete Colinas te reclutarán para el servicio mili-

tar y, si sobrevives a las pruebas, te convertirás en uno de ellos. En cambio si mueres...

—Entonces seré tuyo para siempre.

—Pero yo te prefiero vivo.

—Para gustos, los colores.

—Lo dicho, eres un tontaina.

—Entonces volveré vivo, y volveré a ti.

—No te lo permitirán. Es la ley.

—Existen otras leyes, además de las de los hombres.

—Si huyes te darán caza.

—O puede que sea yo el que les dé caza. —Remo se giró y le agarró la barbilla con el pulgar y el índice. El ojo gris se ensombrecía, mientras el violeta se cargaba de tonos intensos, como cada vez que lo invadía la irritación. ¿Qué derecho tenían los quiritas para disponer de su vida?

—A veces me das miedo.

—¿Tú también? —dijo Remo, sorprendido.

—¿Yo también qué?

—¿Tú también me tienes miedo?

—Tengo miedo de que estés medio loco —bromeó Angerona, golpeándole la frente con los dedos.

Remo se relajó al instante.

—¿Por eso te gusto?

—Tú no me gustas para nada, pero si algún día me llegaras a gustar, ese sería uno de los motivos.

Charlaron durante un par de horas; a veces se atrevían a lanzar besos rápidos, para luego separarse de repente, dejando al otro, irritado, con los labios entreabiertos. Al final Remo comprobó la posición de las estrellas en el firmamento y, apoyándose sobre las palmas de las manos, bajó de un salto del banco.

—Dale recuerdos a tu padre. Ahora tengo que volver a mi casa, que el mío estará preocupado. —Se cogió la lengua

con el índice y el pulgar y silbó dos veces. En respuesta, desde la colina se elevó el balido ronco de Pan.

—Pero ya está oscuro.

—Así no me dará una insolación.

—¿Y qué pasa si tus famosos ojos te traicionan?

—Mejor ellos que tú.

—Eres gracioso... para ser un borrico.

—Pues eso, este borrico se despide.

—¿Cuándo volverás?

—En cuanto pueda.

—Si es un poco antes, mejor.

Remo se besó las puntas de los dedos y luego las apoyó sobre sus labios oscuros. Tenía ganas de decir «sí», un sí sin condiciones. Angerona lo aferró por la muñeca y le obligó a girarse.

—Remo.

—Dime.

—Si dejas que te maten, no te lo perdonaré.

La noche estaba tocando a su fin cuando Remo y el rebaño volvieron a Roble Quebrado, la aldea donde había vivido desde siempre con sus padres.

—Me da en la nariz que tarde o temprano nos rompemos una pata en una de estas travesías nocturnas —refunfuñó Pan mientras observaba a los otros animales cruzar la cancela y entrar en el redil.

El pastor le rascó los pliegues bajo el cuello.

—Te seguirían quedando otras tres.

—De ti podrán decir cualquier cosa, pero está claro que sabes de cuentas.

—¿Y tú, «cuentas» con poder quedarte dormido sin mí, viejo?

—Sin pesadillas es más fácil dormirse.

Fáustulo esperaba al hijo en el umbral; la figura delgada estaba envuelta en un manto rasgado. Bajo sus cejas brillaban dos ojos grises, gemas incandescentes cubiertas por una fina capa de cenizas. Una vez frente al hijo, su expresión se relajó; le tendió la palangana de agua y se agachó para ayudarlo con sus abluciones. Remo rechazó la ayuda con un gesto educado; se lavó las piernas hasta las rodillas y los brazos hasta el codo, luego abrazó al padre y le dio un beso en la frente.

—Te he echado de menos —le confesó Fáustulo, y en la voz espesa vibró la cuerda de la nostalgia.

Remo, adelantándose a la estación, había estado pastando una decena de días.

—Tenía ganas de estar un poco solo, pero se me había olvidado lo pesada que es mi compañía —explicó en tono de excusa, esbozando una sonrisa. Rozó las jambas con las manos, recitó la invocación a los demonios de la puerta y entró en la pieza iluminada por el fuego que ardía en la chimenea.

—Ya dice el viejo dicho que solos estamos en pésima compañía —masculló Fáustulo.

—Es un buen dicho.

—No, es solo viejo.

—Lo que tú digas.

—¿Te asusta cumplir diecisiete años? —le preguntó Fáustulo, sin levantar la mano de su hombro.

—Me asusta convertirme en un hombre.

—Ya lo eres, desde hace muchos años.

Remo cambió bruscamente de tema:

—El viento se volvió loco ayer por la mañana, sobre la colina que hay junto a la Pequeña Charca. Parecía soplar al mismo tiempo de todas las direcciones.

—Lo siento en el aire, por las mañanas. Lo escucho en las voces del fuego, por las noches. Los dioses están meditando algo.

Remo se puso de cuclillas y alargó las manos hacia las llamas.

—Los dioses siempre están meditando algo, papá.

—Pero no siempre formamos parte de ese algo.

—Somos pastores y siervos, ¿por qué tendrían los Celestiales que hacernos partícipes de sus planes?

Fáustulo le respondió con un silencio elocuente, antes de continuar.

—¿Te he hablado alguna vez de ese pastor al que una vez se le apareció el demonio Fauno?

«Una docena de veces, como mucho», pensó Remo, pero se limitó a sacudir la cabeza, en un gesto que bien podría entenderse como un «no», aunque no lo fuese.

—Pues bien, este pastor estaba arrodillado rezando ante el altar de frondas de Fauno, en el Bosque Silvestre, cuando se percató de que había un mendigo tumbado a unos metros de distancia. Estaba harto delgado y mugriento, y sintió pena por él, con lo que preguntó a Fauno por qué no hacía algo para ayudar a aquel desgraciado. «Te he hecho a ti», respondió la voz del demonio.

Remo colgó el manto en el gancho que había tras la puerta y apoyó las sandalias en el alféizar. Luego cogió el atizador por la punta de hierro y removió el fuego. Le agradaban la caricia tibia de la madera seca bajo los pies desnudos, la voz del padre, repleta de sabiduría, y el olor de la sopa al fuego, aunque sabía por experiencia que las paredes familiares no tardarían en convertirse en un cerco.

Cada día era más difícil contener la inquietud. Fáustulo tenía razón: se había convertido en un adulto pronto, quizá

demasiado, y ahora ya no podía volver atrás. Así las cosas, mejor sería tirar hacia adelante, y hacerlo de prisa, quemar las etapas.

Tenía la edad y la mujer adecuada para encontrar su sitio en el mundo, y lo haría pronto, pero aquella noche decidió disfrutar de la tibieza del nido. ¿Qué había de malo en seguir siendo joven un poquito más?

—¿Y la mamá? —preguntó.

Fáustulo dejó escapar un suspiro de contrariedad.

—Aca Larentia ha ido a la ruta de la Sal. No hay día que no se acerque. Confía en que algún caminante le traiga noticias de Rómulo.

—¿Se las traen?

—El viento lo hace: voces de asaltos y saqueos. En estas voces yo escucho la de tu hermano.

—Lo juzgas mal.

—Lo juzgan sus actos.

—Sus actos también dicen que reparte la mitad del botín entre los pastores de los valles de Siete Colinas.

—Es un bandido.

—Es mi hermano y tu hijo. Si él es un bandido, también lo somos tú y yo —dijo Remo poniéndose en pie. Lanzó el atizador a la tinaja, que retumbó. La cesta de mimbre colgada sobre la chimenea se tambaleó pero no cayó al suelo.

Fáustulo fingió no haberlo escuchado.

—Cuando el pueblo armado de las siete colinas de Saturnia o, peor, las tropas del tirano Amulio, señor de Alba, lleguen aquí con espadas y caballos; cuando ataquen los pagos y quemen los establos y las cabañas; cuando masacren a los pastores y a sus mujeres; cuando se lleven a sus hijos como esclavos, ¿qué les dará tu hermano Rómulo? ¿Ofrendas para sus tumbas? ¿Cargará acaso sobre sus hombros con la mitad de su dolor?

—Quizá todo.

—O quizá lo que les dé sea la espalda.

Remo pasó las manos sobre la robusta cesta. Ejercía una atracción magnética sobre él, como todos los objetos aparentemente inútiles. Desde que tenía memoria, siempre había estado colgada allí, y nadie la había usado nunca.

—Eres severo, padre.

—Eres débil, hijo mío. Débil. —Fáustulo pronunció aquella palabra con aflicción, casi con pena. Entonces, por un momento, pareció crecer en altura y tamaño: sus ojos se incendiaron, sus cejas se arquearon y en sus sienes aparecieron venas turgentes. Al final respiró profundamente, relajó la frente y volvió a colocar sus manos sobre los hombros del hijo. Remo no se opuso.

—El viandante no se detiene a recoger flores a lo largo del camino.

—¿Ni siquiera para su mujer?

—No tiene mujer, no tiene madre, no tiene padre, el viandante.

—Entonces tiene poca cosa.

Los dedos huesudos de Fáustulo aumentaron la presión.

—Hay que sacrificar a la oveja coja: espérala y esperarás al lobo; perdónale la vida y perderás al rebaño.

—Padre, es mi hermano.

—Hubo un día en el que perdí a un hijo. Habrá un día en el que pierdas a un hermano.